

Chávez y sus contradicciones

Margarita López Maya

Pocos días antes de los comicios presidenciales del 3D una periodista de la BBC me llamó para pedirme que hiciera un breve ensayo sobre la personalidad del hoy reelecto presidente Chávez. El ensayo sería colocado en el portal de esa agencia internacional de noticias. Ahora, viendo el resultado electoral, pienso que puede ser interesante compartirlo con los lectores de esta columna, como antesala a las necesarias reflexiones sobre los desafíos que se nos avecinan en el 2007, que buscaremos hacer más adelante.

Evaluar al presidente Chávez es tarea difícil para historiadoras como yo, pues por formación profesional le doy mayor importancia a los procesos colectivos que a las acciones individuales. Sin embargo, las transformaciones experimentadas por la sociedad venezolana en los últimos ocho años le deben, sin duda, mucho a la exitosa combinación de la lucha popular con el liderazgo ejercido por el Presidente.

Conocí a Chávez en 1997, buscando información sobre actores emergentes de vocación popular en Venezuela. Después de algunos contactos con personas de su movimiento, me llevaron para una entrevista con él, que duró unas dos horas. Siempre lo menciono porque lo evalué como una persona afable, cálida, conversamos bien. Su interpretación de la historia de Venezuela fue lo que más me sorprendió, su idea de que para los pobres nada había cambiado desde 1830. Nunca antes oí semejante afirmación y me ha servido para entender esta aguda polarización que sufrimos. Me impresionó positivamente que dijera que no quería pasar a la historia como un mito, por el “hasta ahora” que había dicho en 1992. Cuando ahora lo observo por la televisión y veo las multitudes arrebatadas gritando y llorando apasionadamente, me cuesta creer que es el mismo señor que entrevisté en 1997. Creo que soy inmune a las pasiones que desata el líder carismático Chávez.

Por eso, mi visión de Chávez es la de una figura política poderosa y contradictoria. Su obstinación por alcanzar el poder para profundizar la democracia en el sentido de darle una ciudadanía plena, una igualdad social a los venezolanos, es digna del mayor elogio, sobre todo en sociedades como las latinoamericanas donde las elites se han caracterizado por su racismo e insensibilidad social. Su capacidad de supervivencia política frente a las atroces embestidas propinadas por la derecha nacional e internacional, dicen de su olfato y temeridad política. Pero su afán de ser el imprescindible del proceso, sus arrebatos coléricos, su incapacidad de salir del discurso polarizado, de permitir a su lado personas capaces de tratarlo como un igual, de discutirle; su ambición por centralizar y perpetuarse en el poder, son amenazas que se ciernen sobre el proceso de la profundización democrática venezolana. Chávez me parece un político de la transición. Mientras mantenga el proceso polarizado, el país dividido, no podremos alcanzar la nueva institucionalidad que buscamos para el siglo XXI. Pero, quizás me vuelva a sorprender, y sea capaz de trascenderse a si mismo y convertirse en ese estadista que ha dicho en sus declaraciones post triunfo electoral, que abrirá los espacios para el diálogo y el ejercicio de la actividad política con sus adversarios.